

¡ATRÉVETE A CONOCERTE!

César Platas Brunetti
Otoño de 2008

¡Sé que estás ahí!

En el momento en que comienzo a escribir este texto intuyo tu presencia.

Puedo sentirte, puedo percibir tu presencia, pero no puedo definirte.

También sé que si te defino, en realidad, es de mi mismo de quién estoy hablando.

En la medida en que lees este escrito también tú te estarás encontrando.

Algo te atrajo hasta él y te retiene; ése algo también eres tú.

La vida, como en un juego de espejos, nos refleja lo que somos en lo que no somos.

Cuando salimos a buscarnos, nos olvidamos en casa.

Al regresar, cansados y frustrados, nos reencontramos con nuestra esencia.

Nos damos cuenta de que nunca hemos salido, porque el espacio no existe.

Y que no hubo demora en el hallazgo, porque somos eternos.

Este esbozo poético podría ser dejado de lado si no se acompañara de una pequeña explicación que desarrollara los principales puntos que toca.

Cuando Immanuel Kant dijo “¡Atrévete a conocer!”, proclamó el que sería el lema del Siglo de las Luces; en las postrimerías del siglo XX y al principio del XXI el reto pasó a ser el “¡Atrévete a conocerte! Cuando hemos explorado los dos infinitos en los que nos hallamos inmersos, lo infinitamente pequeño y lo infinitamente grande, seguimos sintiendo la misma angustiada sensación de que algo se nos escapa. Curiosamente con el autoconocimiento cerramos el círculo del saber con la misma percepción que motivó, en el lejano pasado, el inicio del camino con Sócrates al decir: “Hombre conócete a ti mismo y conocerás al universo y a los dioses”. Aún vigente el ¡atrévete a conocerte!, sigue dando sus frutos poco a poco.

Dentro de las diversas aproximaciones que se han realizado en el campo del conocimiento del fenómeno humano encontramos estudios neurológicos, psicológicos, antropológicos, etc. En los 90 se han hecho estudios del cerebro en tal cantidad que se ha denominado la década de la mente; en la actualidad continúan los trabajos de investigación a buen ritmo. En cuanto a los estudios antropológicos cobró gran auge todo lo referente al chamanismo y todos los sucesos relacionados con él, así como en el campo de la psicología los diversos estudios que se han realizado sobre estados alterados de conciencia y sus beneficios para el hombre.

Pero sin duda lo que más ha contribuido al avance de la forma de ver y entender el mundo han sido los trabajos de la física, en especial la física cuántica. Al estudiar los usos y costumbres de una civilización, normalmente, en la medida que avanzamos en dicho estudio comienzan a emerger los paradigmas que rigen esta cultura. Estos paradigmas son verdades (o no) implícitamente aceptadas que no son cuestionadas por el conjunto de la población estudiada.

Puede ser difícil reconocer el conjunto de líneas maestras de pensamiento que rigen otra cultura, pero es bastante más difícil reconocer el que guía a uno mismo como observador. De esta dificultad daba cuenta la antropología en sus estudios, ya que los seres humanos éramos, a la vez, sujeto y objeto de estudio al mismo tiempo. Si a esto le agregamos que la física cuántica ha hecho saltar por los aires uno de los basamentos de la ciencia empírica como es el de la objetividad e imparcialidad del observador, nos encontramos pues con una “realidad” (si es que podemos llamarla así) fluctuante y evasiva. Lo que no ayuda mucho a clarificar nuestra situación como habitantes de este universo.

Hasta aquí el planteamiento nos puede recordar a Descartes que, con su duda metódica, deconstruyó la realidad hasta quedarse sin nada y poder formular el famoso “Pienso, luego existo”, a partir del cual elaboró su concepción del mundo y la “realidad”. Pero, luego de tanta duda cartesiana, vamos a centrarnos en el texto con el que comenzamos. En él hay dos elementos, tú y yo, que coinciden

en este momento. Que no pueden ser definidos a menos que adoptemos ciertos postulados que están presentes en nuestra cultura. Sin ellos no habría comunicación, pero con ellos nos auto-limitamos para entendernos. Este pequeño sacrificio permite la transmisión de un mensaje, pero ¿existe realmente comprensión? Tanto el transmisor como el receptor parten de una serie de supuestos, que no tienen por que ser necesariamente los mismos, y observan una realidad. Ésta cobra sentido debido a la mirada de cada uno de ellos ya que, como diría la física cuántica, fija una realidad dentro de una nube de múltiples posibilidades.

Llegamos así al punto en el que el observador introduce modificaciones en lo observado y, sin embargo, no podemos afirmar que lo observado sea la única realidad posible. Ésta paradoja desesperada y desesperante genera un cortocircuito en nuestra lógica racional. Desde los tiempos de Aristóteles hemos aceptado el principio lógico del “Tercero excluido”, es decir: algo “Es” o “No-es”, pero no puede ser ambas cosas al mismo tiempo. Sin embargo el principio de indeterminación de Heisenberg¹ en física cuántica lo contradice. Está claro que esto ocurre a escala pequeña (menor que la constante universal de Planck²), sin embargo no podemos descartar que los procesos que se producen en nuestro cerebro, necesariamente, no impliquen también esta escala. De allí han surgido varias teorías que están siendo estudiadas.

Supongamos que esto fuera así, ¿qué ocurriría cuando intentamos Autoconocernos? Es evidente que observador y observado son una y la misma cosa y, por lo tanto, las posibilidades del sistema se cierran sobre sí mismo. Si soy capaz de “ver” algo determinado en mí, lo estaría fijando en lo que llamo “mi realidad”; lo cual implica elegir “la” posibilidad de las posibilidades. Es la capacidad de poder transformar este flujo de información que me llega desde la raíz del mismo. Implicando una totalidad auto abaricante, donde no habría ni fuera ni dentro, al no haber necesidad de desplazamiento en el espacio ni traslación en el tiempo. De esto ha dado cuenta, en física, la Teoría Especial de la Relatividad de Einstein³, es decir, al marcar el hundimiento de los conceptos absolutos de espacio y tiempo, propios de la mecánica de Newton y la introducción del “relativismo” en la descripción de la realidad física.

Vemos que estamos inmersos en una inmensa red de significados en la que cada nudo del entramado marca una pauta diferente, una visión diferente de lo que llamamos realidad. La “Realidad” (con mayúsculas) pasa a ser una inmensa nube de múltiples posibilidades en la que me encuentro y defino de una manera particular desde uno de esos nudos de la red. A nivel personal esta comprensión de lo que me rodea puede significar la diferencia entre la euforia y depresión, luz y oscuridad, vida y muerte. Ésta elección que realizo cotidianamente sin ser consciente de ello se va fijando en mí y consolida lo que es mi manera de ser mi manera de comportarme, en definitiva “lo que yo soy”. Son los parámetros y paradigmas que he aprendido y que marcan mi pasado mi presente y mi futuro. Aunque sepamos intelectualmente que el tiempo y el espacio son relativos los vivimos como si fueran absolutos.

La inmensa ilusión que genera esta forma arcaica de pensamiento nos mantiene atados a conceptos intelectualmente ya superados, pero que a nivel psicológico no somos capaces de valorar correctamente y desechar de nuestras vidas. Hace mucho alguien me contó el cuento del pájaro azul; en él le decían al protagonista que sería feliz cuando encontrara un pájaro azul, éste se lanzó a la búsqueda del pájaro por todo el mundo. Cruzó ríos, mares y vivió aventuras sin cuento. Después de mucho recorrer cansado y descorazonado por no encontrar al pájaro regresó a su hogar, pensando que quizás todo hubiera sido un engaño. Al entrar en su casa escuchó un canto y vio en el alféizar de la ventana un hermoso pájaro azul. Mientras lo observaba una juguetona sonrisa se dibujó en sus labios.

*¡Sé que estás ahí!
Por favor, despierta.
¡Atrévete a conocerte!*

¹ Werner Heisenberg, Premio Nobel de Física año 1932: en 1925 plantea un formalismo matemático que permite calcular las magnitudes experimentalmente asociadas a los estados cuánticos.

² Max Planck, Nobel de Física 1918: en 1900 plantea la “Hipótesis Cuántica de Planck”. Carácter corpuscular de la materia.

³ Albert Einstein, Premio Nobel de Física año 1921.